

Solidaridad y mercado

Luis de Sebastián

Resumen

El mercado es por naturaleza insolidario, pues sus virtudes se basan en los comportamientos individuales, motivados por el lucro individual. Esta es la tesis central de este artículo. Se trata de un análisis de la ideología económica dominante desde la perspectiva de la solidaridad y de los comportamientos solidarios en la vida económica. El autor demuestra los pies de barro de este ídolo occidental y, por lo tanto, señala la necesidad de ponerle algunos apoyos para que no se caiga y comprometa en su caída el bienestar de los más débiles y menos protegidos.

El mercado es la alternativa a cualquier tipo de economía planificada o socialista. Se presenta incluso como alternativa de la economía mixta, en la que el Estado tiene una función importante en la regulación de la economía. Pero el mercado es por naturaleza in-solidario. Las virtudes del mercado se basan en los comportamientos individuales, motivados por el lucro individual. Los efectos sociales positivos que de este comportamiento individual se puedan seguir no son automáticos, ni por lo tanto garantizados. Tienen que ser inducidos, alentados y defendidos por la misma sociedad en cuyo seno se da el fenómeno del mercado.

Esperar del mercado comportamientos solidarios es como pedir peras al olmo. No se puede esperar que el mercado produzca unos efectos para los cuales no tiene virtualidad alguna, antes bien tiene virtualidades múltiples para lo contrario. La solidaridad implica frecuentemente hacer correcciones a los efectos de unos mercados, que a dife-

rencia del mercado ideal de los liberales ingenuos, no lleva "como por una mano invisible" al bien de la sociedad en su conjunto, sino a beneficios de grupos muy particulares y estrechos.

En este artículo vamos a enfrentar desde el punto de vista de la solidaridad, desde nuestro empeño de explicar y promover los comportamientos solidarios en la vida económica, la ideología económica dominante, que es la ideología del mercado. No pretendo destronar a un ídolo, solamente mostrar que, como aquella estatua del sueño de Nabucodonosor, tiene los pies de barro, y que, por lo tanto, necesita rodrgones y apuntalamientos para que no se caiga y comprometa en su caída el bienestar de los más débiles y menos protegidos.

1. La economía planificada ha muerto, ¡viva el mercado!

La economía planificada ha desaparecido de

El mercado no es, de hecho, el principio ordenador de todas las actividades económicas...

Europa oriental como instrumento de organización, ordenamiento y regulación de la economía. En la competencia con el capitalismo ha perdido. Los ciudadanos de los países comunistas de Europa¹ prefieren otro sistema económico, el sistema que existe en los países de Europa occidental, América, Japón y los países del ámbito capitalista. Quizá el socialismo no sea posible en un mundo en que también existe el capitalismo. "El socialismo en un sólo mundo", en vez de "el socialismo en un sólo país", sería la fórmula viable. Ya que, en virtud del inevitable contagio de apetencias que se produce en un mundo interconectado a través de los medios de comunicación, el capitalismo acaba por imponerse, probablemente porque apela más directamente a los instintos más profundos de los seres humanos (instinto de conservación, de posesión, de placer, de dominar a los demás, de libertad, etc.) y —dicho sea en su favor— es más compatible con una sociedad abierta, democrática y libre.

La economía planificada, sin embargo, tiene por lo menos una apariencia de racionalidad, en cuanto trataría de someter el acontecer económico a la conveniencia de la sociedad en su conjunto. Ante experiencias concretas de la falta de racionalidad y humanidad de los resultados del mercado (desigualdad, retraso y pobreza), se pensó que con la planificación socialista se podrían obtener más rápidamente y con más seguridad unos efectos sociales que el mercado no garantizaba. El economista polaco Oskar Lange, en los años treinta, en polémica con el economista americano Fred Taylor, trató de demostrar que la planificación es más eficiente que el mercado, porque por medio de la planificación se podrían conseguir en la vida real los valores óptimos de equilibrio general (precios y cantidades de productos y factores), cosa que por medio del mercado resultaba poco menos que imposible².

De hecho, los logros de la planificación económica en la historia reciente no son despreciables. Rusia era en 1919, al final de la primera guerra

mundial, un enorme país enormemente sub-desarrollado. En 1949, sólo treinta años después, se había convertido en una potencia atómica. En 1969, a los cincuenta años de la revolución, la Unión Soviética se había convertido en un país con un buen nivel de vida, poseía un excelente sistema de salud, una extensa red de comunicaciones, un ejército temible, con una tecnología militar y espacial sólo superada por la de Estados Unidos, que había comenzado su desarrollo por lo menos cien años antes³. Estos logros se consiguieron con una economía centralmente planificada. Es ahora inverificable la hipótesis alternativa de si la Unión Soviética hubiera podido llegar a donde estaba en 1969 por medio del mercado con una economía capitalista.

Cuando la revolución comunista triunfó en China, en 1949, el principal problema del país era el hambre y la mortalidad infantil. La esperanza de vida era de unos cincuenta años. Cuarenta años después, estos dos problemas se han resuelto casi en su totalidad. China está llegando al autoabastecimiento en alimentos y su mortalidad infantil se ha reducido al 17 por mil y la esperanza de vida es ahora de setenta años. China creció a una tasa promedio anual del 10.3 por ciento entre 1980 y 1988 (alcanzando el 1207 por ciento, en 1985) y parece que pronto superará en sus logros económicos a India, un país también grande que eligió la vía del mercado hacia el desarrollo, por lo que se solía compararlos⁴. Pero, a pesar de las ambiguas y vacilantes aperturas de la economía china, ésta sigue siendo básica y fundamentalmente una economía socialista⁵.

¿Qué es lo que ha fallado en las economías planificadas? Que han resuelto el problema de la igualdad básica de todos los ciudadanos a unos niveles bajos en comparación con los que *una parte de la sociedad* consigue en los países capitalistas, aunque ciertamente superiores a los que *logran los pobres en las sociedades capitalistas*. Pero eso no basta. Parece ser que llega un momento, cuando las necesidades básicas están suficien-



temente atendidas, que las gentes quieren mejorar —o quieren tener la posibilidad de mejorar—, donde mejorar significa históricamente el tener el nivel de vida que disfrutaban las mayorías en los países más ricos.

Por ejemplo, llegó un momento en la República Democrática Alemana en que sus ciudadanos, aunque tenían unos niveles de vida (empleo, cultura, salud, vivienda, deportes, etc.) bastante aceptables, comenzaron a ambicionar los niveles y la variedad de consumo que se daba en la República Federal (que conocían por la televisión). Si a eso se junta el descontento por las limitaciones a la libertad, los permisos para viajar al exterior, la censura, el monopolio político de un partido, etc., los ciudadanos no aguantan más el sistema y demandan unos cambios, que les llevan por implicación a rechazar la planificación económica, para disfrutar de las posibilidades⁶ que ofrecen las sociedades capitalistas que los rodean.

Sin embargo, parece que a nadie le importan ya los logros pasados de las economías socialistas. A la vista del descalabro económico en la Unión Soviética y en los países de Europa del este, nadie

apuesta ya por un sistema, en que una vez logrados unos objetivos mínimos —aunque, repito, no despreciables— no es capaz de colocar a las economías nacionales en los grandes circuitos internacionales, donde se mueven el consumo moderno, la tecnología y las finanzas. Los países socialistas se han quedado al margen de esos circuitos y no han podido convivir con los países capitalistas, sin poder exportar productos a sus grandes mercados, ni recibiendo préstamos de ellos, ni compitiendo con la tecnología más avanzada.

No es impensable que los países socialistas hubieran podido co-existir con el capitalismo, si se hubiera encerrado en un bloque prácticamente autosuficiente, como, en cierta manera, está haciendo China. Esto, sin embargo, les hubiera hecho vulnerables militar y estratégicamente y como proyecto no ha satisfecho a sus ciudadanos ni, a lo que parece, a sus propios gobernantes. Pero desde el momento en que se propusieron integrarse en los grandes espacios capitalistas, para acelerar su desarrollo tecnológico y económico, estaban perdidos. Sus economías no dieron de sí las prestaciones que les exigía la competencia internacional.

Ahora nos queda el capitalismo como único sistema socio-económico con certificación de viabilidad, y el mercado como instancia ordenadora de la economía, en torno al cual tienen que girar todas las actividades productoras de riqueza. Eso dicen, por lo menos. Así, en general, esta afirmación es más declarativa que informativa, porque capitalismos hay muchos: el americano, el sudamericano, el japonés, el asiático, el europeo común, el neo-capitalismo de Europa del este, etc. Y el mercado, por su parte, no abraza todas las actividades de los hombres, ni siquiera todas las económicas como veremos a continuación.

Nos queda un capitalismo que no se siente amenazado, y por lo tanto no tiene contrapesos ni cortapisas, un capitalismo que por desgracia puede desarrollar sin impedimentos sus tendencias más destructivas, en términos de individualismo, falta de solidaridad, explotación y avasallamiento, que lleva en sus genes.

Por lo mismo es hora de desentrañar el nuevo mito del capitalismo triunfante y escatológico, no para destruirle desde dentro, como si dijéramos — por lo menos mientras no hayamos encontrado una alternativa viable—, sino para denunciar sus rasgos y tendencias más deshumanizantes y darle un rostro más humano. Aquí me ocupo del *mercado*, como piedra supuestamente angular del sistema, y voy a tratar de mostrar la relación entre esta institución económica y los efectos buenos y malos que produce, para concluir con unas indicaciones de cómo regularlo.

2. Algunos límites del mercado

El mercado no lo es todo en la vida económica de la sociedad. Pero antes de nada hay que definir. Entiendo por *mercado* el conjunto de actos humanos necesarios para realizar transacciones de *compra y venta* de objetos, servicios o activos de cualquier género, *en público*, es decir, con conocimiento de por lo menos algunos miembros de la sociedad, *repetidamente y en condiciones semejantes* a como se transan productos y servicios de la misma especie.

Una transacción no constituye mercado. Hace falta un número de transacciones de contenido se-

mejante para hablar de un mercado específico y parcial. El ensamblaje de muchos mercados parciales es lo que constituye una economía de mercado⁷. Lo esencial (y lo que más lo distingue de la planificación como instancia ordenadora de la economía) es el intercambio de información y el acuerdo de voluntades relativamente libres sobre las condiciones y términos de la transacción. De esta manera, genera una serie de decisiones individuales, normalmente independientes, pero concurrentes y complementarias, que van configurando las dimensiones, la dirección y el ritmo del acontecer económico.

2.1. Transacciones que no pasan por el mercado

Pues bien, si esto es el mercado, podemos afirmar que hay muchas transacciones y actividades económicas que no se realizan en ningún mercado. Por ejemplo, la producción y disfrute de *bienes públicos*. Por bienes públicos se entienden todas aquellas cosas cuyo disfrute no es exclusivo, es decir, que pueden ser consumidos o usados simultáneamente por muchas personas. Me refiero a cosas como la "ley y el orden", el ordenamiento jurídico y el sistema legal de un país, que al garantizar la protección de la propiedad privada y la validez civil de los contratos, constituyen la base de toda actividad económica. En los países del este de Europa, donde este sistema legal no está totalmente establecido, podemos ver lo difícil que resulta el funcionamiento del mercado.

Otros bienes públicos son la salubridad del ambiente, la limpieza del aire, la iluminación de las calles, la seguridad ciudadana, la defensa nacional (¡recuérdense los 303,600 millones de dólares que el gobierno de Estados Unidos empleó en 1989, sin pasar por el mercado, en la industria militar!), un concierto al aire libre, los payasos de las calles, etc. En general, pertenecen a la categoría de bienes públicos las prestaciones de las autoridades, lo que se les llama servicios sociales, *aunque tengamos que pagar algo* (nunca su coste de producción real) por ellos.

La producción y el consumo de toda esta gama de bienes públicos, que son tan importantes en la vida cotidiana de los ciudadanos, no depende del

mercado, es decir, del intercambio de información y de las decisiones individuales de los usuarios y productores. El procedimiento es completamente distinto. La producción es decidida centralmente (por las autoridades o instancias competentes), lo cual se parece más bien a la *economía planificada* que al mercado. Bien es verdad que en un sistema democrático hay un control por parte de los usuarios de los bienes públicos, en cuanto pueden votar contra las autoridades, municipal, autónoma o estatal, que deciden la naturaleza, la calidad y la cantidad de los bienes públicos que se deben producir, si no están de acuerdo con sus decisiones. Hay pues, un intercambio de informaciones y una interacción de voluntades, pero sin pasar por el mercado, pasando más bien por los procesos democráticos de crítica y censura de la gestión pública. Los ciudadanos pagan por estos bienes públicos, por lo menos todos los que pagan impuestos, pero no pagan por ellos individualmente, es decir, en base a las cantidades y calidades que consumen, como sucede con los bienes privados.

Al interior de las familias hay algunas transacciones importantes que no pasan por el mercado. En concreto las herencias, por medio de las cuales se traspaşa la riqueza, grande o pequeña, de los antecesores (normalmente) a los herederos; pero también la prestación de los servicios paternos, es decir, de las transferencias de dinero de los padres a los hijos para el sustento, la educación y la recreación de éstos, mientras viven en la casa de los padres; las prestaciones domésticas de las amas de casa o de los familiares —transacciones que tienen un precio de mercado y se contratan a través del mercado del servicio doméstico, cuando las prestan personas exteriores a la familia.

La asignación de recursos a instituciones (religiosas, de beneficencia, culturales, deportivas) por vía de donaciones, son transacciones importantes que no pasan por el mercado. Así se han fundado y se financian en gran medida iglesias, hospitales, museos, la Cruz Roja, *Amnisty International*, los *boy scouts*, los clubs de fútbol, etc... Tampoco se hace a través del mercado la distribución de los recursos al interior de muchas de estas instituciones —pensemos en una comunidad religiosa— y su asignación a los beneficiarios. Aunque a veces

paguemos algo, no “compramos” realmente la prestación (¿cuánto vale realmente el contemplar un Goya? ¿lo que vale la entrada al museo?).

2.2. Las transacciones al interior de las empresas

Más importancia cuantitativa tienen todas las transacciones que se dan al interior de las grandes empresas, normalmente multinacionales. Las compras y ventas, los préstamos y las transferencias internas se hacen según criterios de la planificación interna de la empresa. Al interior de las empresas no rige el mercado, sino decisiones centrales, que asignan recursos a las distintas unidades y deciden cómo se divide el trabajo entre ellas. Este fenómeno puede ser mayor de lo que parece, ya que una gran parte (quizá el 30 por ciento) del comercio internacional en manufacturas es comercio intra-empresa, que no sigue las reglas del mercado.

Otra importante actividad es la compra de empresas, que no se suele hacer en un “mercado de empresas”, sino que se hace de una forma totalmente diferente⁸. En la medida en que la actividad económica en el mundo se realiza cada vez más por grandes empresas —un fenómeno de concentración bastante evidente—, en esa medida, se extiende el “sistema de planificación”, como decía Galbraith (“el nuevo Estado industrial”), y disminuye el sistema de mercado.

Una conclusión importante de esta sección es que el mercado no lo es todo: que importantes áreas de la actividad económica, que inciden en el nivel y calidad de vida de los ciudadanos, no pasan por el mercado, en las sociedades capitalistas desarrolladas. Lo que muestra que sigue habiendo otros principios de organización de las actividades económicas, además de la desprestigiada planificación central. Esto sea dicho para consuelo de los que ven con aprensión el avance de la ideología y práctica del mercado.

3. El mercado avanza: las privatizaciones

Sin embargo, no se puede negar que el mercado avanza, a costa del sector público de la economía, en algunos campos, así como se repliega en

otros. El mercado avanza en el área de algunos bienes públicos que se han convertido en bienes privados. Tomemos el ejemplo de la seguridad ciudadana. Estamos viviendo tiempos en que la provisión de seguridad ciudadana por parte de las autoridades es defectuosa, sobre todo por el aumento de la criminalidad, que trae el tráfico y consumo de drogas. Se ha generado así un defecto de oferta (y un exceso de demanda), que empresas privadas de seguridad se han prestado a suplir. De esta manera, la seguridad se ha convertido parcialmente —o para algunas personas— en un bien privado, que se compra y se vende en el mercado y que se disfruta exclusivamente, en los locales, la casa, los terrenos de una persona y no en la del vecino (aunque hay defectos externos al consumo de seguridad del que se pueden beneficiar los vecinos).

Este tipo de privatización de los bienes públicos se ha dado también en el correo, la educación, la medicina, el transporte, etc., terrenos en los que los fallos en la provisión de ciertos bienes públicos esenciales han abierto camino al mercado, que los convierte en privados. Este proceso hasta ahora ha sido natural y espontáneo. Quiero decir, que el mercado ha entrado donde se había creado previamente y sin pretenderlo un espacio vacío. Otra cosa es que, por principio, por perjuicio o por afán de lucro, se introduzca al mercado a prestar unos servicios allí donde las instancias competentes los están prestando bien.

Eso sería, naturalmente, un fenómeno anti-social, porque restringiría el consumo de bienes públicos básicos a las personas y a los grupos sociales que los puedan comprar a su valor de mercado. Pongamos el caso de que sean privatizados los ferrocarriles. La empresa privada que explotara los ferrocarriles nacionales tendría que elevar enormemente (tres o cuatro veces) las tarifas para poder ganar dinero. El viaje y transporte por ferrocarril se convertirían en un lujo relativo y perderían la función social que tienen (y por la que pierden).

Otra cosa es privatizar la producción y venta de bienes privados que hace el Estado por medio de empresas públicas. En principio, el Estado no tiene por qué producir bienes privados, cuando hay empresas privadas que están capacitadas y deseosas de producirlos. Puede que la empresa pública sea tan eficiente o más que la privada (¡en este tema dominan los prejuicios!). El problema está en que el sector público tiene recursos limitados y debe dar preferencia a la producción de bienes públicos. La situación es diferente si no hubiera empresas privadas que quieran y puedan producir ciertos bienes privados, que por su naturaleza son de interés social: el acero, el cemento, los motores o las medicinas. El Estado puede legítimamente entrar en un espacio no ocupado por las empresas privadas para producir bienes privados de interés social.

4. La hegemonía de la ideología del mercado

La realidad del mercado avanza en algunos sectores y se repliega en otros, pero la ideología del mercado, la exaltación del mercado avanza en todos los terrenos. Esta es una situación preocupante, como lo son todas las absolutizaciones, sobre todo en una esfera tan opinable como es la económica. Es muy diferente la visión pragmática del acontecer económico, que reconoce muy diversas circunstancias y casos, y por lo tanto propugna soluciones diversas y matizadas, que la visión dogmática que preconiza en principio, y para todo caso y circunstancia, la sustitución de los mecanismos económicos del sector público por empresas privadas, sean estas competitivas, lo que correspondería a la ideología, o monopolísticas, que se dan de patadas con la fundamentación de la eficiencia del mercado.

Estamos, pues, ante un caso de *fanatismo económico*, que no siempre es lo suficientemente ilustrado por la ciencia económica aceptada, sino que se basa en prejuicios e intereses muy particulares, en situaciones muy concretas, que se quieren hacer pasar por casos generales. Ante esta ideologi-

El mercado, en general, distribuye mal y necesita una compensación o corrección por parte de la sociedad para servir al principio de equidad.

zación es necesario que entendamos bien la realidad histórica y social del mercado para poder enfrentarnos mejor con la ideología del mercado, cuando haga falta, y con sus concretos designios. Vamos ahora a ver rápidamente algo sobre historia del mercado.

4.1. El mercado en la historia

No pretendo hacer una exposición exhaustiva de este tema. Sólo algunas observaciones. El mercado en tiempos primitivos, digamos desde la más remota antigüedad hasta el siglo XII, era una situación de todos bien conocida. El mercado tenía lugar en días determinados, en lugares precisos, Medina del Campo, Brujas, Nantes, Colonia, etc., donde los participantes tenían tiempo y posibilidades para conseguir una información relativamente adecuada. Las fechas del mercado eran fechas festivas, celebradas en torno a festividades religiosas (me estoy refiriendo a la edad media, naturalmente) con procesiones y sermones y mucho tiempo para recorrer los puestos de los vendedores, informarse y comparar precios, calibrar la calidad de

los productos e informarse bien. Estas circunstancias hacían posible que en general la gente tuviera una idea más o menos acertada de lo que valía cada cosa, en términos del tiempo que se necesitaba para producirla. La gente sabía lo que lleva producir una espada o una herraduras, un abrigo de lana, una jarra de vidrio o una puerta. Los precios medidos en tiempo de trabajo necesario para producirlos eran comúnmente conocidos.

El problema del *precio justo*, que es el problema del mercado en la época, se resuelve apelando al intercambio de mercancías de igual valor (igual tiempo de producción), aun cuando media el dinero (siempre que no haya inflación). Los agentes del comercio en esta época son los mismos productores, agricultores y artesanos, que producen más de lo que consumen para conseguirse con los excedentes las mercancías que necesitan. No son mercaderes profesionales y el mercado para ellos es la ocasión para disponer de sus excedentes, y por ende, una manera de premiar su diligencia o su inventiva (productividad, diríamos ahora).

Los problemas serios comienzan cuando apare-



ce una clase de mercaderes profesionales, que traen mercancías de regiones remotas, primero de regiones apartadas de Europa, posteriormente de India y China (las famosas especias), cuyo precio ya no es comúnmente conocido. Los mercaderes entonces tratan de extraer a los compradores el mayor precio posible, dependiendo de la fuerza de los deseos de los consumidores (es un mercado de vendedores, diríamos ahora). La cuestión del "precio justo" se complica. Ya no se puede apelar al tiempo de producción, que no se conoce, ni se puede ignorar la influencia de la demanda. La cuestión se resuelve con una llamada a la común estimación de la comunidad, es decir, a los precios a los que esa mercancía normalmente se vende, teniendo en cuenta las variaciones de la demanda y la oferta, que son analizadas con gran agudeza por los moralistas de los siglos XVI y XVII. En resumen, el mercado está controlado por la sociedad a través de las "estimaciones comunes", una forma de actuar de la sociedad civil, que posteriormente se consolida en disposiciones legales, y es vigilada por los preceptos morales de los predicadores.

4.2. De la economía social a la economía real

Desde muy antiguo, los pueblos piensan que la economía es una cosa tan importante que tiene que ser dirigida, controlada y legislada por la sociedad en su conjunto, a través de los poderes públicos, además de las instancias religiosas (prohibición del interés, recelos sobre el comercio, diezmos, etc.). Para efectos de nuestra situación presente, es relevante la concepción económica que se va configurando durante la formación de los estados-nación modernos. Los estados se forman en un proceso de fortalecimiento de la monarquía que, en lucha contra los poderes y contra-poderes locales, lleva hacia la monarquía absoluta. La economía pública y sus principales actividades —la emisión de moneda, los impuestos, el comercio exterior—, aparecen como prerrogativas reales, en cuyo ejercicio se manifiesta la soberanía de los monarcas.

Al fortalecerse las monarquías absolutas se va endureciendo el control de las economías nacionales por parte de la corona de diversas formas. Uno de los objetivos del arbitramento real es el comercio

exterior ("una continuación de la guerra por otros medios", parafraseando a Maquiavelo o Clausewitz), que se organiza de una forma que se ha caracterizado como *mercantilismo*. Este nombre cubre una gran variedad de realidades y abarca todas las medidas de control de los intercambios de mercancías y los movimientos de factores que conocemos en nuestros días. En realidad, el mercantilismo es tan antiguo como el comercio mismo. Como parte del control de la economía por la sociedad, el comercio exterior siempre estuvo bajo el control de las autoridades de una u otra forma. Sin embargo, en los siglos XVII y XVIII, se sistematiza, se perfecciona, se aplica sin miramientos y se defiende a nivel teórico. De esa manera, el control de las transacciones exteriores se convierte en una pieza clave del poder político (por la financiación de los ejércitos permanentes y la producción industrial de los armamentos y equipos bélicos).

4.3. El mercantilismo

El comercio internacional se concibe como un "juego suma cero", es decir, como una actividad en que uno gana y otro pierde, y no, como habría de hacerse en tiempos modernos, como un juego de suma positiva, en el que todos pueden ganar si se organiza bien. La preocupación con las balanzas de pagos bilaterales, de país a país, y en consecuencia, la modulación de las relaciones bilaterales es un reflejo de esta mentalidad. Esta manera de concebir el comercio, parte del supuesto falso de que la actividad económica internacional es fundamentalmente estática y el comercio entre naciones es una manera de repartir una masa de productos prácticamente dada.

La situación llega a ser asfixiante para un tipo de actividades económicas que se van fortaleciendo con los adelantos técnicos (la aplicación de la física a las técnicas de producción, como la máquina de vapor) a lo largo del siglo XVIII y principio del XIX. Los nuevos empresarios, artesanos, en realidad, que, por medio de la división del trabajo y la agrupación de trabajadores en "fábricas", alcanzan unos niveles considerables (para los tiempos) de producción, empiezan a revelarse contra los controles, los impuestos, las prohibiciones, que aumentan sus costos e impiden la difusión y

venta de sus productos en todo el territorio nacional y exterior.

El grito de *laissez faire, laissez passer* es un grito de revuelta contra la excesiva regulación estatal de la economía. Es también el grito de guerra del liberalismo económico. La novedad que aporta el liberalismo al tema del mercado es que defiende la auto-regulación del mismo, postulando la existencia de una especie de armonía pre-establecida, que hace que, siguiendo cada cual de una manera eficiente y éticamente razonable su propio interés, se logra el mayor beneficio de la colectividad, "como si una mano invisible", diría Adam Smith, "se encargara de conseguir ese resultado". La regulación del mercado desde fuera no es necesaria, y sólo es necesario un orden jurídico que haga posible el buen funcionamiento de los mecanismos auto-reguladores del mercado, especialmente la competencia.

4.4. El liberalismo como protesta

El exceso de regulación provocó históricamente un rechazo de la regulación *tout court* del mercado, rompiendo siglos de tradición e inaugurando los nuevos tiempos de la "economía de mercado". Smith no defiende una libertad salvaje, de "zorra libre en gallinero libre", como se dice vulgarmente, sino una libertad temperada y modulada por los "sentimientos morales" de los individuos y el reconocimiento de la igualdad de derechos de todos los participantes en el mercado, sancionada por las leyes civiles. Pero Adam Smith, y mucho más sus seguidores, han demostrado ser unos optimistas y unos ingenuos, al no tener en cuenta un fenómeno —del que Karl Marx fue consciente desde el principio de la revolución industrial: la tendencia del capitalismo a la concentración de las empresas. Una concentración de las actividades de una industria en menos empresas, cada vez mayores, a la que se llega por medio de la lucha competitiva (como decía Marx, "la explotación del capitalista por el capitalista"). Esta concentración aumenta el poder de monopolio de las empresas sobrevivientes, cada vez más grandes, y su influencia en los mercados, mermando los efectos reguladores de la competencia.

4.5. El mercado no reparte equitativamente

Pronto se vio que el funcionamiento del mercado tenía imperfecciones graves, la peor de las cuales es, sin duda, la mala distribución de la riqueza que se genera. Con la asignación de recursos que hace el mercado, es posible que se produzca más cantidad que de ninguna otra manera conocida y experimentada, pero no se reparte mejor, según criterios de igualdad y de equidad. Ya los primeros liberales, Smith, David Ricardo y John Stuart Mill habían notado que la distribución del producto entre las clases fundamentales de la sociedad (el concepto de clase social es de ellos) no se hacía sin conflicto. Todos veían que a la hora de repartir no había mano invisible, sino que entraban en juego factores de poder social basados en la fuerza, el privilegio y la desigualdad económica (valores todos ellos "liberales").

Los neo-clásicos, o marginalistas, enfrentaron la cuestión de la distribución de una manera no conflictiva: eliminaron el concepto de clase, como sujeto paciente de la distribución y en su lugar pusieron a los "factores de producción" (sin propietarios, despersonalizados en un vacío social) como cantidades *in abstracto* de los recursos productivos. La distribución, es decir, el pago de las rentas a los que viven de la tierra, de salarios a los que viven del capital, como lo describían los clásicos, se convierte en la determinación de los precios de los factores: tierra, trabajo y capital.

Por medio de la aplicación ingeniosa⁹ del cálculo diferencial al problema, se llega a la solución de que, pagando a cada factor el valor de su producto marginal (la derivada parcial del producto total con respecto a cada factor), se gasta todo el ingreso generado sin que sobre ni falte nada, que es como se había planteado el problema. Así, se llega a una regla no conflictiva de la distribución. El conflicto desaparece y se introduce la armonía pre-establecida en la esfera de la distribución. Todo esto es una técnica cargada de ideología, que no puede ocultar los problemas sociales que genera la segunda revolución industrial, a finales del siglo XIX, ni las sucesivas crisis de desempleo. En la gran depresión (1929-1935) esta idea del reparto automático y aséptico se viene abajo.

En algunos casos importantes, el mercado asigna mal los recursos.

El mercado no se reparte bien. Y por eso se acepta ya comúnmente, sin oposición de nadie, la necesidad de un sistema de redistribución que enmienda y compensa las desigualdades que genera el mercado. El mercado, en general (aunque hay muchas excepciones), asigna los recursos eficientemente para la producción de la riqueza, pero el Estado tiene que intervenir para rectificar la distribución que de esa riqueza hace el mismo mercado. El sistema fiscal y el de seguridad social y la producción de bienes públicos por parte de las autoridades constituyen una red de mecanismos de redistribución que hacen más tolerables la existencia de las desigualdades en la vida económica.

Sin la existencia de estos mecanismos correctivos, las diferencias entre clases y grupos sociales serían mucho mayores, como se puede ver en países subdesarrollados, donde, entre otras cosas que funcionan mal, existe un deficiente sistema fiscal y de seguridad social. Esas terribles desigualdades que hay en Brasil, El Salvador, India o Sudáfrica no son fruto del subdesarrollo en abstracto, sino del funcionamiento, más o menos, libre del mercado, cuyos efectos distributivos no son contrarrestados por el Estado. Un Estado que, por regla general, sirve a los intereses de los más ricos. La experiencia de estos países nos debe dar una pista de lo que pasaría en nuestros países más desarrollados y "civilizados", si se desmontaran los mecanismos de redistribución (seguridad social pública, estado de bienestar, legislación laboral, etc.) para crear más espacio al mercado.

5. La generación del subdesarrollo

A nivel internacional, donde no existen auténticos mecanismos de redistribución, el fallo del mercado en términos de equidad y de aproximación —no igualación— de los niveles de vida de los países es notable. A nivel internacional no se puede dejar al libre funcionamiento del mercado el principio de orden. No podemos tener un mundo medianamente cohesionado —palabra de moda—, solidario —menos de moda— y, en definitiva, estable, si los desiguales distribucionales del mercado no son de alguna manera corregidos por la

comunidad internacional, que debe arbitrar alguna manera para realizar una mínima redistribución entre los países. Dejado a sí mismo y funcionando como lo hace a niveles internacionales, con menos regulaciones y trabas que a nivel nacional (los bancos, por ejemplo y las empresas que dañan el medio ambiente), el mercado hará desastres. En concreto, aumentará y profundizará las diferencias entre ricos y pobres, como está haciendo ahora ante nuestros ojos. Nada parecido a un orden.

5.1. Cuando el mercado no asigna bien los recursos

El mercado tiene otros defectos, incluso en su función de asignar recursos. El mercado funciona mal cuando hay una divergencia entre los costos y los beneficios privados, que son los únicos que cuentan en las ofertas y demandas privadas de los bienes privados, y los costos y beneficios sociales. En este caso, la asignación de recursos que hace el mercado no es socialmente la mejor. Si el beneficio privado de un bien es inferior a su beneficio social, se producirá —por medio de un mercado— una cantidad del bien inferior a lo que sería necesario para satisfacer las necesidades de la sociedad. Pensemos, por ejemplo, en la ciencia, la cultura, el arte, la salubridad, las medallas olímpicas y cosas parecidas, que son aquéllas en las cuales el mercado sistemáticamente nos deja desabastecidos. Pero también podemos pensar en semiconductores, ordenadores, equipos de precisión, nuevos materiales, un remedio contra el cáncer o el *SIDA*, y otros bienes privados, que por su naturaleza tienen gran influencia en la elevación tecnológica y, por lo tanto, competitiva en un país (en estos campos, el beneficio social es mayor que el beneficio privado y, por lo tanto, hay una producción de ellos menor de lo que sería bueno para la sociedad).

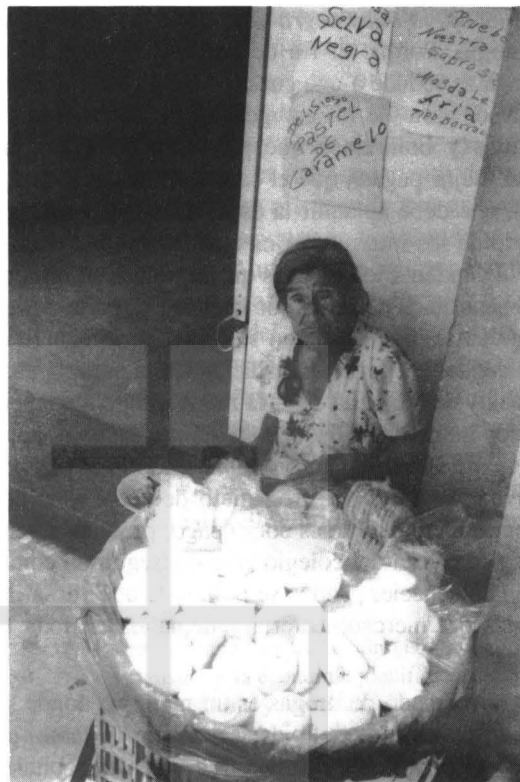
Por el contrario, si el costo social es mayor que el costo privado de producir algo, nos vamos a encontrar con una abundancia perjudicial del producto en cuestión. El caso más notable es el de la polución de los ríos, los campos y la atmósfera. El costo de los vertidos perjudiciales al medio am-

biente tiene mucho menor costo para una fábrica que se libra de ellos (quizá sólo los costos del transporte hasta el río) que para toda la sociedad, empezando por la fábrica que recibe los residuos contaminantes aguas abajo. El daño sistemático y grave al medio ambiente, que la actividad económica de los últimos cien años ha causado, es probablemente el mayor daño causado por el mercado privado a la sociedad.

Y esto es un *problema de asignación*, que es el lado fuerte del mercado, no de distribución, que ya sabemos es su lado débil. Por medio de la operación de mercados no regulados se ha hecho un daño incalculable (las generaciones futuras lo calcularán) al medio ambiente, a la calidad de vida de nuestras generaciones y sobre todo a las futuras. Nadie niega ya que el mercado tiene que ser corregido por la sociedad para evitar la continuación de daños a la ecología y a las condiciones físico-químicas de vida en el planeta. Los costos sociales tienen que ser "interiorizados" por las empresas, es decir, que los paguen ellas, para que no causen tanto daño. Las multas y compensaciones que se imponen vía judicial a las empresas que dañan el medio ambiente (el caso del petrolero *Exxon Valdez*) son una manera de interiorizar estos costos y de igualar los beneficios totales y los costos totales de la actividad de estas empresas. Las empresas que dañan al medio ambiente —y casi toda la actividad industrial lo daña un poco— no interiorizarían los costos a la sociedad, convirtiéndolos en costos privados, si no fuera por la acción externa al mercado de la sociedad.

5.2. El comercio de armas: abuso del mercado

El beneficio privado de la producción y venta de armas es también mucho mayor que su beneficio social, lo cual no es bueno para la sociedad en su conjunto, porque en la actualidad tenemos que lamentar un sobre-armamento de la sociedad, que se da precisamente en los elementos menos estables y más peligrosos de ella. La venta de armamentos no sólo hace más mortal a la criminalidad normal de las grandes ciudades, sino que hace más mortíferas y dañosas las guerras que se dan en Centroamérica, en el golfo Pérsico y en Europa del este (¿quién vende armas a los serbios y



croatas?). Todos los países apoyan tratados y provisiones diplomáticas para restringir la venta de armamentos a regiones en conflicto y de cierto tipo de armamentos —notablemente nucleares y químicos— a todos los países que no los tienen. El acuerdo de no-prolifерación de armas nucleares no es ni más ni menos que un correctivo al mercado, al mercado clandestino, pero muy activo en algunas regiones, de armamento nuclear. Curiosamente, nadie está en contra de estas limitaciones al libre funcionamiento de la oferta y la demanda de armas nucleares. ¡Luego el mercado no debe ser absolutamente libre de controles!

5.3. *Reductio ad absurdum* del mercado: el tráfico de drogas

Y no digamos nada del producto —no podemos decir aquí "bien"— cuyo beneficio privado es infinitamente mayor que su costo social (que es infinitamente negativo): me refiero al tráfico de drogas. El tráfico de drogas es la más solemne reducción al absurdo de la libertad de la oferta y la

demanda, *la misa negra del mercado* y de toda su teología. Porque al fin de cuentas la plaga de la droga se reduce a una cuestión de oferta y demanda: por parte de los campesinos peruanos, colombianos y bolivianos que producen coca, porque está mejor pagada que el café (una decisión racional, que debe aplaudir la escuela de Chicago); por parte de los intermediarios que compran la coca y se la venden a los carteles que la procesan, haciendo beneficios del cien por ciento; por parte de los traficantes, que con gran riesgo —y un beneficio adecuado, en la mejor tradición de la escuela austriaca y de Von Hayek— la introducen en los mercados industrializados; por parte de “camello” que la vende al por menor en un mercado muy competitivo; por parte del drogadicto de acera, que debiendo recibir su dosis como pago, promueve ventas a la puerta del colegio para conseguir su comisión en especie. ¡Todos se portan de acuerdo a las reglas del mercado: oferta y demanda en toda la línea!

El mercado de drogas es un mercado donde se hacen enormes beneficios y que, por lo tanto, en buena lógica del mercado, atrae ingentes capitales (asignación de recursos, escasos, diríamos los técnicos). Estos capitales sirven, de paso, para corromper políticos y policías, hacer negocios sucios, fuga de capitales y evasión fiscal. En fin, quién dirá que este mercado no necesita regulación y más que regulación...

En menor grado, el comercio del tabaco, que es un elemento nocivo para la salud humana, y el de las bebidas alcohólicas, que usadas en exceso —cosa frecuente y hasta natural— causan daños personales y sociales, como por ejemplo accidentes de circulación, representan mercados en los que los costos sociales no corresponden en absoluto con los beneficios privados de los productores. Por esta razón¹⁰, todos ellos son mercados regulados en todos los países, en unos más que en otros, por grupos de edad, por horas de venta, por establecimientos con licencia para vender tabaco y bebidas, etc. En fin, estos ejemplos muestran que la divergencia entre los costos y los beneficios sociales y privados justifica —y todo el mundo lo acepta, neoliberales incluidos— la intervención en este mercado de los poderes públicos en representación

de la sociedad.

En los modelos abstractos de equilibrio general que manejan los economistas profesionales, en los que se supone competencia perfecta, es decir, la omnipresente igualdad del costo marginal y del precio tanto en los mercados de factores como en los de productos (con costos de producción constantes o crecientes), los precios de equilibrio reflejan por igual los costos y beneficios sociales y privados. Es decir, que en este modelo no se admite tal divergencia de magnitudes sociales y privadas. Sin embargo, en cuanto nos salimos de la competencia perfecta y tenemos en cuenta los monopolios en los mercados de los productos (grandes empresas, monopolios estatales) y de los factores (sindicatos, asociaciones empresariales), las rentas especiales derivadas de la innovación tecnológica, las economías de escala, las externalidades de todo tipo, etc., cosas todas que representan “imperfecciones del mercado”, es imposible que los dos tipos de costos y beneficios coincidan.

Hoy en día es una teoría aceptada, incluso por los teóricos más ortodoxos, que cuando hay imperfecciones en un mercado la sociedad tiene que intervenir. El problema es cómo se interviene —por eso se ha desarrollado la teoría de la “intervención óptima”— y quién interviene, qué instancia, si el Estado o la sociedad civil por medio de sus instrumentos de acción social. Para efectos de nuestra reflexión, lo importante es constatar que en un mundo complejo, muy distante a los modelos ascépticos de la competencia perfecta, las imperfecciones de los mercados dominan de tal manera la arena económica que pocos son los mercados que se pueden considerar libres de la necesidad de una intervención en algún momento u otro. Podemos recordar, para abundar en el tema, los mercados de cambios —que sería el ejemplo más próximo al ideal de la competencia perfecta—, en que los bancos centrales de los países intervienen casi todos los días, o los mercados de valores, la bolsa, sobre la que el Estado ejerce una vigilancia muy estrecha.

6. Conclusiones

Lo que he querido mostrar y creo que lo he conseguido convincentemente es, en primer lugar,

que el mercado no es de hecho el principio ordenador de todas las actividades económicas que configuran nuestras vidas. Hay muchas e importantes tipos de transacciones que no pasan por él y que son reguladas por otros principios.

En segundo lugar, que el mercado en general distribuye mal y que necesita una compensación o corrección por parte de la sociedad para servir al principio de equidad. Esto, que vale la pena para las economías nacionales, es mucho más cierto a nivel internacional, donde no existen instancias de redistribución del ingreso.

En tercer lugar, que en algunos casos importantes el mercado asigna mal los recursos: los asigna a actividades claramente anti-sociales o de gran costo social.

En cuarto lugar, que muchos mercados necesitan regulación, para poner en línea los costos y beneficios sociales con los privados, o para restringir la producción de algunos productos.

No me he preocupado en mostrar que el mercado tiene también cosas buenas, eso, se lo supone. Ya tenemos demasiados panegiristas del mercado que, por cierto, mezclan argumentos válidos con sofismas a la hora de defender intereses económicos concretos, algunos de los cuales no pasan, de hecho, por el mercado. Los argumentos a favor de la libertad de mercados se emplean frecuentemente contra la intervención de los poderes públicos en actividades anti-sociales o de menor beneficio social que sus alternativas. Apelar a las virtualidades del mercado es muchas veces una cohartada que emplean algunas personas o grupos para pedir que les dejen hacer lo que les conviene, al margen del mercado. Es decir, que la ideología del mercado se emplea —indebidamente, creo yo— para defender el libertinaje, el abuso y los privilegios en cuestión económica. Adam Smith, John Stuart Mill y los otros poderes del liberalismo clásico ¡tienen que estar revolviéndose en su tumba!

Para terminar, quiero hacer una confesión, matizada y no fanática, de fe en la eficiencia de los mercados, la mayor parte de las veces, en la asignación de los recursos escasos. Del mercado, lo que más aprecio es su condición de constituir un

sistema de señales que se emiten a los productores y compradores. El mercado genera información, manipulada a veces, imcompleta otras, pero insustituible al fin y al cabo para saber lo que se quiere comprar. Hoy nadie discute —y no lo haré yo— que suprimir el funcionamiento del mercado en una economía es privarse de una guía de navegar en las aguas inciertas de la creación y distribución de riqueza. Aunque sólo sea por eso, afirmaré, con todas las reservas que he hecho anteriormente, la validez del mercado como un elemento valioso —quizá privilegiado— de organización de la actividad económica. Pero también quiero afirmar que la sociedad debe estar sobre el mercado; en formas que no le anule, que no constituye ella misma una “imperfección” que le haga funcionar mal. Es una tarea difícil, lo sé, pero necesaria.

Notas

1. Pongo siempre esta acotación geográfica, porque el comunismo y la economía planificada siguen dominando en China y Vietnam, donde vive una cantidad no despreciable de ciudadanos en el mundo.
2. Oscar Lange. “On the economic theory of socialism”, *Review of economic studies*, febrero de 1937.
3. Supongo aquí que el proceso de desarrollo de Estados Unidos comenzó después de la guerra civil (1861-1865).
4. Ver Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1988*, p. 28.
5. Aunque algunos expertos niegan que la economía china esté planificada en el mismo sentido que la soviética: “Si por una ‘economía planificada’ se entiende una que opera de acuerdo a un plan quinquenal detallado, científicamente justificado y comprensivo, desagregado por años, calculado e implementado por una autoridad central, China no es ni nunca ha sido una economía planificada”. Michael Ellman, *Socialist Planning*, Cambridge University Press, 1979, p. 33.
6. Insisto en decir *posibilidades*, porque en la economía de mercado algunos no conseguirán los niveles de vida que ansían y más de uno echará de menos el nivel de vida que tenía en una economía sin mercado.
7. Por lo tanto, no es el lugar o espacio de tiempo en que se realizan estas transacciones (*lugar del mercado, tiempo del mercado*), sino la realización de las transacciones mismas en un lugar concreto o no, por teléfono, por intermediario, en tiempo real o a

- futuro.
8. La empresa americana *Reynolds-Nabisco* fue comprada en 1989 por *KKR* por 24,000 millones de dólares.
 9. Aplicación del teorema de Euler a unas funciones de producción que se suponen homogéneas de grado uno.
 10. Y por motivos fiscales, todo hay que decirlo.

